

El oficio de la politología o la Ciencia Política como profesión*

“La ciencia política es la ciencia de la libertad”

Franz L. Neumann

Fernando Barrientos del Monte**

Palabras Clave: Politología, ciencia política, disciplina, profesión, democracia.

Key Words: Political scientists, political science, discipline, profession, democracy.

RESUMEN

En este ensayo se trata de delimitar el oficio de la politología como ciencia y como profesión. Se explica que la ciencia política es una disciplina nueva, pero con unas raíces históricas profundas, y no obstante su relevancia, aún es compleja su ubicación en el mundo de las ciencias sociales, y por lo tanto resulta a veces difícil definir su rol en la sociedad de quienes la practican. A partir de los elementos formativos disciplinares se distinguen dos tipos de politólogo, el científico y el profesional, y sus ámbitos de desempeño, que varían dependiendo del espacio de desarrollo y aplicación del conocimiento, a saber, *politics*, la arena del poder político, *policy*, las políticas públicas o la política en la sociedad, y la *polity* o la comunidad política organizada. Finalmente se indican las características ideal típicas del politólogo y se señala que esta profesión, sea en el ámbito científico o aplicado, tiene una estrecha relación con los valores de la democracia.

ABSTRACT

This essay tries to delimit the career of political science as a science and as a profession. It is explained that political science is a new discipline but with deep historical roots, and despite its relevance, its location in the world of social sciences is still complex, and therefore it is sometimes difficult to define its role in society of those who practice it. From the disciplinary training elements, two types of political scientist are distinguished, the scientist and the professional; and their fields of performance, which vary depending on the space of development and application of knowledge, namely, politics or the arena of political power; public policies or politics in society; and *polity* or the organized political community. Finally, the ideal type of the political scientist are indicated and it is pointed out that this profession, whether in the scientific or applied field, has a close relationship with the values of democracy.

Recibido: 13 de agosto de 2022. Aceptado: 11 de octubre de 2022.

* La primera versión de este texto fue una conferencia dictada en el III Encuentro Internacional de Ciencia Política en la Universidad del Cauca, Colombia, el 23 de mayo de 2019. Esta nueva versión corregida y aumentada se presenta para conmemorar los 10 años de la Asociación Mexicana de Ciencias Políticas A.C.

**Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Florencia, Italia. Profesor Titular en la Universidad de Guanajuato, México. Correo electrónico: f.barrientos@ugto.mx

I. La Ciencia Política como profesión

¿Cuál es el oficio de la politología? Delimitar y discurrir sobre la profesión de quienes se forman en la ciencia política y su rol en la sociedad, es un tema considerablemente complejo, por al menos dos razones: como personas pocas veces nos preguntamos quiénes somos, y para qué estamos en este mundo; dos preguntas existenciales que desde los pensadores presocráticos hasta los filósofos “posmodernos” han tratado de responder, y pocos lo han logrado, y aun así sus respuestas siempre son transitorias. De la misma manera sucede con muchas profesiones, oficios y actividades; pocas veces quienes las practican se cuestionan los porqués de su actividad. Quizá en un nivel más profundo lo saben y no necesitan explicarlo. Pero hay oficios y profesiones para las cuáles no es fácil explicar su razón de ser salvo dentro de la misma comunidad que le da sentido. En gran medida la ciencia política se encuentra en esta encrucijada. A quienes se le adjudican -o quienes se adjudican o aspiran a adjudicárselo- el título de “politólogo”, no de manera arbitraria sino porque se han preparado, o se están preparando, académicamente para llevar este título, les surgen varias preguntas: ¿Qué es un politólogo?, ¿para que “sirve”?, ¿cuál es su espacio en el mundo de la ciencia y específico de las ciencias sociales?, ¿cuál es su rol en la sociedad? Para cada pregunta existe una respuesta, empero no son fáciles de exponer como pareciera. Probablemente muchos estudiantes que se acercan por primera vez a esta disciplina se sorprenderán de que son pocos los libros con el título: “Manual de Ciencia Política” o “Introducción a la Ciencia Política” que explican qué hacen quienes estudian ciencia política, qué hace un politólogo, y cuál es su “oficio” propiamente. No se explica qué es un politólogo o un científico de la política, sino qué es y cuál es la tarea de la ciencia política. Así, por ejemplo, Gablentz (1974) indica: “la tarea de la ciencia política es el análisis crítico de la vida política”; mientras que David Marsh y Gerry Soker (1997: 294) señalan que es una disciplina con muchas especializaciones, que debe ser fuertemente orientada por los métodos y las perspectivas teóricas, pero que al mismo tiempo debe ser abierta y centrarse en temas relevantes. Se asume implícitamente que conforman una comunidad epistémica, es decir, una red de profesionales de una disciplina científica, y son reconocidos por otras comunidades epistémicas y no epistémicas. Saben que es un científico social que se ocupa de estudiar y analizar una serie de temas que giran en torno a la *política*, un “objeto” extremadamente complejo. En los manuales son pocas las referencias a los campos de desempeño profesional; si bien, se puede argumentar que un manual sirve más para delimitar el conocimiento de lo que se debe saber sobre una ciencia, y ser una guía de las reglas que la identifican, es importante también saber en dónde y cómo se aplican esos conocimientos y sus reglas más allá de las aulas y los “laboratorios”. Ello debería ser parte de cualquier introducción a una disciplina científica. Por ejemplo, en *The Future of Political Science. 100 perspectives* (2009) de King, Lehman y Nie, se describen de manera prospectiva las posibles incidencias, cambios y temas que la ciencia política deberá enfrentar con nuevas metodologías y técnicas, y la necesidad de la inter y trasdisciplinariedad para comprender la política, incluso la necesidad de profundizar entre temas como biología, neurociencias y política, pero ningún autor toca el oficio del politólogo. Definir una disciplina científica es complejo, porque para ello se requiere definir contemporáneamente el objeto de estudio (el qué) y sus métodos (el cómo). Por ello cuando Pierre Bourdieu, Jean-Claude Chamboredon y Jean-Claude Passeron, titulan a su compilación de textos pedagógicos: “El oficio del sociólogo” (1975), no se referían tanto a la actividad vista desde fuera, sino a la construcción del objeto, y en este proceso compartido es que se construye tal oficio como *habitus*. Lo

mismo sucede con “El oficio de historiador” de Enrique Moradiellos (1994) que define la disciplina de la historiografía, su historia corrientes y métodos, y solo así puede definir qué hace un historiador. Lo mismo sucede, pues cuando se intenta definir el oficio de la politología, se requiere delimitar su objeto y sus métodos, pero no solo.

La ciencia es la forma de conocimiento más desarrollada y propia de las sociedades modernas y contemporáneas. Así como se pueden estudiar científicamente las estrellas en el universo, se puede estudiar científicamente la política. Entonces pareciera que se ha solventado la primera pregunta: “¿qué es un politólogo?” Un politólogo es un científico de la política. La respuesta a la segunda pregunta: “¿qué hace un politólogo?”, sin embargo, está intrínsecamente relacionada con la primera. Si un politólogo es un científico de la política, entonces: ¿cómo la estudia?, ¿en qué medida el conocimiento científico que deriva de su trabajo ayuda, primero a comprender la política, y segundo, de qué manera o cómo contribuye a mejorarla? La ciencia desde hace siglos ha tenido al menos esta doble función, comprensión del mundo – como la física teórica-, así como su transformación –cómo lo hacen los ingenieros que para ello han debido estudiar física teórica-. La ciencia como tal no necesitaría justificar su existencia por sus fines prácticos (Max Weber, 1967: 221), a los ojos del resto de la sociedad es complicado justificar el porqué de la investigación científica o porqué algunas personas se consagran a una ciencia sin que ello les reditúe económicamente como otros oficios.

El científico de la política se forma en un contexto, y éste es esencial y definitivamente la universidad. Esta es una condición que se consolidó a finales del siglo XIX y durante todo el siglo XX, no sin dificultades. Los precursores de la ciencia política no pasaron necesariamente por las universidades, y esta es una situación común a casi todas las ciencias. Pero hoy por hoy aparece como una condición *sine qua non*: quien desee dedicarse a cualquier disciplina científica requiere cumplir de una serie de requisitos académicos para lograr un título o documento que certifique que cuenta con tales o cuales conocimientos y habilidades para desempeñarse como tal. Esta situación se erigió principalmente durante el siglo XX destacando dos condiciones. Primero, las universidades se masificaron, sobre todo a partir de los años 60, ello modificó el ingreso a las mismas, que ya no se caracteriza por favorecer solo a las personas que tienen una vocación por el conocimiento, las ciencias y las humanidades, sino que se conjuga con la necesidad por obtener un grado que permita a las personas ubicarse en el mercado laboral. Segundo, para que las universidades operen bajo su doble condición de generadoras de conocimiento e incubadoras para el mercado laboral, requieren amplios recursos económicos, y estos recursos provienen en gran parte del Estado o de los privados, y ambos requieren que se les “justifique” bajo una lógica de mercado, los porqués de una ciencia y de una profesión.

Resulta más que difícil justificar la existencia de una carrera universitaria o profesión como la ciencia política, y ello se observa, por ejemplo, cuando se crea en universidades dónde aún no existe, y uno de los grandes problemas es hacer el análisis en torno a su “pertinencia” y “demanda”. La pertinencia de la ciencia política, y de muchas otras disciplinas, se puede evidenciar en términos científicos y académicos. Pero verificar la “demanda” es casi imposible, pues nadie encontrará en un estudio de mercado que una sociedad demande *politólogos*. Si siguiéramos tales criterios la carrera no existiría en ninguna universidad. Por lo tanto, su existencia solo puede justificarse inicialmente por criterios científicos y puramente intelectuales. Es decir, se trata de crear la oferta para que poco a poco se genere la demanda.

Pero su impacto se puede observar cuando se le trata de cancelar, como en Uzbekistán cuando el entonces dictador Islam Karimov implementó en 2010 una política para borrar la palabra “ciencia política” de los programas de estudio y sustituirla por otros tér-

minos al considerarla una “seudociencia occidental”, ello porque los politólogos fueron los primeros en señalar sus tendencias dictatoriales. En 2013 las universidades dejaron de enseñarla y en 2015 fue eliminada totalmente de las universidades. Fue hasta 2019 que Shavkat Mirziyoyev, sucesor de Karimov, implementó una política de restauración de la disciplina en las universidades (Reuters, 2019). En otros casos también se ha afectado el desarrollo de la ciencia política y otras ciencias sociales, como en Hungría y en Rusia, aunque de maneras menos directas. En Hungría, el gobierno de Viktor Orbán implementó una nueva ley en 2017 que obligaba a las universidades extranjeras en ese país a someterse nuevos criterios de operación en su territorio, pero *de facto* solo afectó a la *Central European University* (CEU) que funcionaba en Budapest desde 1993, y donde se desarrollan varias disciplinas estrechamente vinculadas con la ciencia política. La CEU tuvo que mudarse en su totalidad a la ciudad de Viena en 2019 ante los ataques del gobierno en turno. Mientras en Rusia el gobierno de Vladimir Putin en 2013 procedió a disolver a la Academia Rusa de las Ciencias (RAS), afectando su autonomía creando una nueva ley y reestructurando el Ministerio de la Educación y la Ciencia para controlar todas las instituciones dedicadas a la investigación, entre ellas aquellas asociadas con las ciencias sociales. Si bien la Asociación Rusa de Ciencia Política no se adscribe a la RAS, el mensaje del régimen de controlar las ciencias fue tal que la membresía y la actividad de la comunidad politológica disminuyó considerablemente. En el contexto latinoamericano la ciencia política fue despreciada por los gobiernos autoritarios de los años 70 del siglo XX en países como Argentina y Chile. Y en el siglo XXI en Venezuela bajo el régimen dictatorial de Nicolás Maduro la comunidad politológica ha sufrido una profunda precarización y acoso político a quienes no comulgan con las ideas del régimen, calificándolos de “traidores”. Por ello una gran parte de sus miembros han tenido que migrar a otros países. En la Universidad de Venezuela, solo por ejemplificar, entre 2015 y 2018 poco más de 200 personas dedicadas a la ciencia política y disciplinas afines tuvieron que abandonar sus cargos. Por ello debemos decir que la ciencia política y los politólogos existen gracias a la democracia (Huntington, 1992); y esta es una relación *quasi*-causal: allí donde hay democracia existe la ciencia política, allí donde no hay democracia, la ciencia política es despreciada, y no hay científicos de la política, sino profesionales de la política que sirven a líderes y objetivos no democráticos. En suma, el politólogo es un científico social que tiene como objeto de estudio y análisis, la política, y que para ello ha seguido un *cursus universitair*, el cual ha delimitado los conocimientos teóricos, científicos y las habilidades técnicas que mínimamente debe tener, y una vez que ha superado, cumplido y finalizado con los requisitos que una comunidad académica ha definido, se le ha otorgado un documento que lo *titula* como tal, es decir, como politólogo.

II. Políticos versus politólogos

Pero si hemos señalado que la universidad es el contexto de formación del politólogo y ésta se ha convertido en formadora de personas especializadas en determinadas áreas para la ciencia y el mercado laboral, entonces el politólogo no solo es un científico de la política, es también un “profesional” de la política. Es aquí donde se hace más compleja la cuestión que aquí se plantea. Porque un “profesional de la política” también es aquel que ha seguido, como en la antigua Roma, una especie de *cursus honorum*, es decir, una carrera política. Este “profesional de la política” (Weber, 1967: 96) en la actualidad ha desarrollado una serie de conocimientos y destrezas que lo habilitan socialmente para ejercer una profesión como lo es la política. Ya no solo existen personas que viven «para»

la política, sino que en el siglo XXI podemos encontrar personas que viven «de» y «para» la política, y que son producto de la división social del trabajo (Durkheim, 1982: 97) pues, así como aparecen empresas e industrias que se especializan en ofrecer bienes colectivos, la política es una forma de especialización del trabajo (Sieyès, 1993: 84). Gobernar, representar y administrar lo público, hoy son actividades profesionales especializadas porque, por un lado, son producto de la diversidad de intereses de las complejas sociedades contemporáneas, y segundo, por la imposibilidad de que toda la gente se dedique a la política. Pero la habilitación de político, nunca ha requerido, en principio las mismas exigencias que la habilitación académica, como sucede en Alemania para ejercer de profesor, o una especie de habilitación profesional, como sucede con ciertas carreras como en países de Europa, en Estados Unidos y algunos en América Latina, además del grado académico, como la abogacía o la medicina. El “profesional de la política” no requiere tener un título de politólogo para ejercerla. De hecho, cualquiera puede, si es que tiene el carisma—cualidad indispensable— las habilidades personales para hacerlo—*Don de gentes*, por ejemplo—, y la pertenencia a ciertas redes; además, en casi todas las democracias se han derribado los sistemas de exclusión para que la política sea una actividad de todos, no así en los sistemas no democráticos.

Entonces ¿qué diferencia al politólogo como profesional formado en una universidad, del profesional de la política—es decir, el político común y corriente? La respuesta es necesaria, porque a más de un estudiante de ciencia política—si no es que a todos— le habrá pasado que cuando trata de explicar la carrera que están estudiando fuera de las aulas, el comentario que terminan por escuchar es «¡Ah! Entonces estudias para ser político». Ello llega a suceder incluso dentro del ámbito académico. Existen profesionales de otras disciplinas, sobre todo de las ciencias sociales que difícilmente logran diferenciar a un sociólogo, antropólogo o jurista, de un politólogo. Para no caer entonces en esta simplificación, pues un politólogo no es un político profesional—en sentido weberiano—, debemos regresar a la primera acepción: un politólogo es un científico de la política. Como tal, se vale de un instrumental teórico, metodológico y técnico para estudiar, analizar y comprender la política. Más aún, la misma palabra politólogo u cualquier acepción que refiera tal como científico de la política, policotólogo ó *political scientist*, es ya de por si un punto de diferenciación, no suficiente, de otras denominaciones de aquellos que también estudian a la sociedad como los sociólogos, los historiadores o los comunicólogos. El politólogo, dice Gianfranco Pasquino, debería tener el máximo cuidado al usar las «palabras de la política», la claridad y la limpieza conceptual constituyen el primer y más importante principio de su deontología profesional (Pasquino, 2000: 132).

Quien estudia ciencia política, ¿está constreñido a hacer política? Depende: como científico, no; como profesional de la política, en cierta forma sí. ¿Cómo explicarlo? Para Giovanni Sartori, «la política es el hacer del hombre que más que ningún otro involucra a todos». Esta definición es operativa, explica que es un “hacer”, que es una “actividad”, pero que es una “actividad humana”, y además “colectiva”. Desde una perspectiva diferente, Hanna Arendt (1997) definió a la política en el mismo sentido, al considerar que es una actividad que solo concierne a las personas libres, porque es precisamente en pluralidad que la política existe, y ¿qué es lo que existe? un espacio, la política es un espacio para la acción, hablar y pensar son formas de acción, y la reducción de ese espacio es lo que hace diferentes a los regímenes políticos: cuando se cierra el espacio político, estamos ante un sistema totalitario, cuando estamos en un espacio político abierto, estamos en democracia. Así, sea en la definición de Sartori o en la acepción de Arendt, la política es la actividad humana por excelencia. Para denotar su importancia vital y que requiere

ser comprendida bajo otros parámetros, es necesario recordar que, si en la antigüedad Aristóteles señalaba a la política como la maestra de las ciencias prácticas, en la época contemporánea la ciencia política es, en palabras de Gianfranco Pasquino, la *reina* de las ciencias sociales -y ya no la sociología como señaló Augusto Comte. El científico de la política estudia y analiza esa actividad a profundidad, y el profesional de la política se desenvuelve en ese espacio.

No obstante, la política definida holísticamente no permite observar las particularidades de su complejidad. Por ello la distinción operativa que se hace en idioma inglés es útil al distinguir sus tres dimensiones y sus contenidos: *Polity*, *politics* y *policy*. La primera, *polity*, se relaciona con el problema de la *comunitas* política y sus límites. En la antigüedad, lo fueron las polis griegas, la *res publica* romana, luego el feudo y los reinos, y desde la aparición de la modernidad se identifica con el Estado y las actividades que giran en su entorno, la estructura de las diversas formas de gobierno, las reglas del acceso al poder y sus procesos, entre otros aspectos.

Politics se refiere precisamente a la actividad de la política y las relaciones de poder, que comúnmente se desarrolla en ámbitos institucionales como no institucionales, pero que esencialmente se orienta al ejercicio del poder político y sus límites, como se adquiere o se pierde, y cómo se legitima y distribuye. Mientras que *Policy* trata de la política en la sociedad, tales como los contenidos de los programas de acción, las medidas de intervención que proponen los actores políticos individuales y colectivos, es decir, las políticas públicas que los gobiernos y las instituciones de las cuales se compone, hacen. Así tenemos tres dimensiones de la política que son objetos de análisis de los politólogos como científicos, y espacios de desempeño como profesionales. Cada dimensión contiene objetivos diferentes más no independientes, pero las relaciones entre (a) *politics* y *policies*, (b) *politics* y *polity*, y (c) *policy* e *polity*, generan significados disímiles y por lo tanto resultados divergentes (Cotta, della Porta, Morlino, 2001).

Pero, ¿cómo se define el perfil de una profesión?, ¿cómo se deciden sus contenidos y sus áreas de desempeño? Andrew Abbot, en su clásico estudio *The System of Professions. An Essay on the Division Expert Labor* (1988), señala que en las profesiones existen procesos de diferenciación que derivan de la división del trabajo, y que generan tensiones a la hora de definir el campo de una disciplina y sus límites, así como relaciones de poder a su interior en torno a: 1) “la estratificación interna”, es decir, quienes son las personas con mayor rango, experiencia, conocimiento u otro criterio para presentarse como autoridad, y quienes quedan debajo de esta línea; 2) “diferenciación de sujetos de referencia o clientes”, es decir, hacia quienes se dirigen los resultados del desarrollo de esta actividad; 3) “lugares de trabajo”, es decir, los espacios de desempeño de quienes desarrollan una disciplina y/o se preparan en ella; incluyendo el diseño de la estructura de trabajo, si existen jerarquías o es un trabajo colegiado, así como la división interna que implica como se distribuyen las tareas y cargas en relación a las competencias; 4) “diversas trayectorias de carrera profesional”, es decir, las competencias y las especialidades; y finalmente y transversalmente 5) “el poder en sí mismo”, que refiere en esencia la lógica de la autoridad dentro de una disciplina y se puede identificar respondiendo a la pregunta: “¿Quiénes son las autoridades que están autorizadas para hablar en nombre de una comunidad científico-disciplinar?”

La ciencia política igualmente está estratificada internamente, entre los científicos, -académicos e investigadores- como entre los profesionales -politólogos en el ejercicio de la profesión-. Los científicos son los que se asumen como “creadores” y “guardianes” del conocimiento politológico, pero los profesionales tratan de incidir en ese conoci-

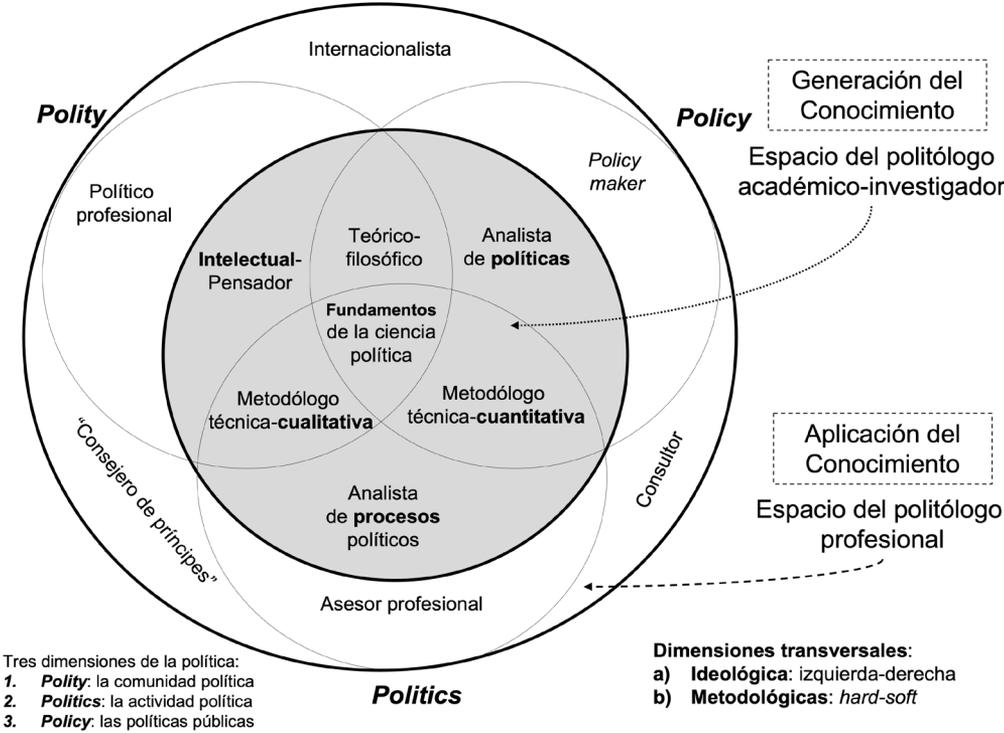
miento a partir de su *expertise* obtenido en la *praxis*. Esta primera tensión, se empalma con los sujetos de referencia: ¿a quiénes se dirige el politólogo? Si es científico, se dirige a su misma comunidad científica, a los universitarios, a la ciencia y al conocimiento, por lo tanto, su visión de lo que es un politólogo diferirá del profesional, que dirige su atención hacia el Estado, los partidos, las instituciones de gobierno, las organizaciones políticas, pero no como sujetos de estudio sino como espacios de acción, la *praxis* como implementación del conocimiento. Como científico, del politólogo se espera un conocedor de la teoría y la filosofía políticas, y sobre todo un metodólogo que sabe analizar la política con técnicas, apoyado en la observación y en los datos. Del politólogo como profesional, se espera un experto en toma de decisiones que sabe identificar problemas de orden político y orientar e implementar soluciones. Tanto el científico como el profesional ven las técnicas de análisis cuantitativas y cualitativas como instrumentos de su desempeño, quizá exigen igual especialización, pero sus sujetos de referencia no son necesariamente los mismos. Naturalmente los lugares de trabajo, como espacios de convivencia, de interrelaciones sociales, son espacios de poder. Los científicos de la política por lo regular se desempeñan en las universidades y centros de investigación, que tienen reglas que se pueden rastrear incluso en los modelos de universidades medievales pero que se puede resumir en un modelo de relaciones verticales signadas por diferencias entre profesores, alumnos y burocracias permanentes, pero también en los grados y competencias asignadas que derivan de la carrera académica, así también del prestigio que deriva de sus aportaciones al conocimiento, y que por lo regular solo pueden tener los profesores e investigadores y gozar de sus ventajas.

Los politólogos profesionales, por su parte, se desempeñan en espacios con cierta verticalidad como la política en sí, o en la amplia diversidad de las organizaciones que conforman la administración pública, desde lo local hasta lo internacional. Si son gerentes o administradores de lo público -bienes o políticas- están sujetos al poder de las burocracias o a los intereses de grupos políticos y por lo tanto se desenvuelven bajo lógicas de negociación continua. Los espacios de desempeño hacen que un científico de la política tenga un modelo ideal de politólogo que puede diferir hasta cierto punto de aquél que es un profesional, aunque ambos hayan sido formados dentro de la universidad. De allí que no sea raro escuchar aquellos que exigen que la universidad deba impartir conocimientos “prácticos para el mundo real”, a partir de la creencia en la ficción de que la universidad es una “torre de marfil”. Ahora bien, las trayectorias profesionales se superponen, empalman o sustituyen las derivaciones de los campos anteriormente descritos. Entre los politólogos científicos variará su definición de la misma ciencia política, sus objetivos, así como la orientación profesional que debiera tener dependiendo del espacio de su formación, a saber, en qué tipo de universidad se formó y los maestros que le enseñaron, incluso si estudió fuera de su país. También su especialización en las técnicas de investigación, su auto ubicación en la dimensión *hard* o *soft* en el uso de las herramientas de análisis y respecto del eje ideológico izquierda-derecha (Almond, 1990: 41). Las relaciones de poder, la influencia en las actividades politológicas, es la variable interviniente en todos estos espacios y caracterizaciones, pues mantiene, modifica, impide o permite que la definición y alcances de la disciplina y sus practicantes se amplíen o se reduzcan, o que se orienten hacia un lado u otro del espacio de la formación y desempeño del politólogo.

Si bien la definición de politólogo variará dependiendo por la formación, la vocación hacia la ciencia o la profesión, los espacios de desempeño, e incluso las concepciones sobre la política, el oficio de la politología tiene dos vertientes claramente reconocibles: el pro-

fesional y el científico. El profesional, es el perfil de quien se especializa en la ciencia política aplicada, su conocimiento es técnico porque se orienta a la implementación y evaluación de políticas públicas, el diseño de planes gubernamentales o de partidos, el análisis electoral conducente a las campañas políticas, el cabildeo, la diplomacia, solo por mencionar. Su definición es operativa, pues su oficio deriva de su especialización práctica en el diseño e implementación de la política pública (*Policy*) respaldado con los conocimientos, habilidades y competencias adquiridos previamente en la universidad.

Figura 1. El rol del politólogo y las dimensiones de la política.



Fuente: Elaboración propia

Este perfil profesional exige una formación acentuada en los métodos y las técnicas de análisis político, el conocimiento para crear y trabajar con amplias bases de datos y el uso intenso de *software* para el análisis estadístico, de modelación y análisis geoespacial. La política es un espacio para la acción. La *polity*, requiere que los politólogos tengan los conocimientos para la comunicación política, para organizar y dirigir grupos en ámbitos públicos, tanto gubernamentales como en otros, habilidades gerenciales y de comunicación, así como un amplio conocimiento sobre el derecho público, constitucional y administrativo, pues ese es su marco normativo de acción, pero también de cambio. Aquellos que ven a la política como un *hacer*, es decir, como una actividad, esperan que el politólogo domine la oratoria y la persuasión política; otros esperan que sea el “consejero de príncipes”, función que se puede remontar a Nicolás Maquiavelo y su intención de asesorar a Lorenzo de Medici, o como hizo Francis Walsingham con la Reina Isabel I, y en la época contemporánea, politólogos como Henry Kissinger, consejero e intelectual de varios gobiernos estadounidenses e incluso Samuel P. Huntington quien se desempeñó como asesor presidencial en Estados Unidos.

Ahora bien, aquellos que ven a la política como objeto de estudio pero con una intención de incidir en la misma, verían al politólogo como un intelectual público, que esperan que a partir de sus conocimientos ofrezca una lectura de la política profunda y que a través de las ideas incida en la trayectoria de los fenómenos políticos, y por qué no, que se involucre en los destinos de un país como le sucedió de manera poco afortunada a Michael Ignatieff (2014) en Canadá o de manera exitosa a Pasquino (2022) en Italia, y como ellos existen muchos casos. Y finalmente, los científicos de la política, los que se desenvuelven en el espacio universitario, que trabajan con ideas, autores, pero sobre todo con método científico, técnicas de análisis, cuantitativas y cualitativas, bases de datos y programas de computación, son los politólogos más “academicistas” y orientados a la investigación, de ellos se esperan que dominen desde las fuentes teórico-filosóficas del pensamiento político desde los antiguos, los modernos y los contemporáneos, y que sepa hacer investigación teórica, normativa y empírica, que domine -o trate de dominar- por lo tanto la metodología, conozca las técnicas de investigación, pero que se especialice en un área.

Así, de manera ideal típica encontramos en el ámbito de la academia, a los politólogos como docentes e investigadores, y que pueden tener al menos tres facetas: a) como intelectual público; b) como analista de procesos políticos, y; c) como analista de políticas públicas. Estas tres facetas del oficio de la politología interactúan con las dimensiones teórico-filosóficas, de la metodología de la investigación apoyada en técnicas de análisis cuantitativo, y aquella apoyada en técnicas de análisis cualitativo, con sus respectivos fundamentos propiamente disciplinares. Así, en el ámbito de la politología profesional, tenemos igualmente tres facetas, que al igual que las anteriores, no son las únicas, ni se autoexcluyen: a) como *policy maker*, en la elaboración, implementación y evaluación de políticas públicas; b) la asesoría político-profesional, y; c) la faceta en la política profesional. Como ya se señaló, el politólogo como profesional tiene como ámbito lo público, esencialmente el Estado, el gobierno, los partidos, las organizaciones, pero no está sujeto a vivir de lo público, es decir, su desempeño puede originarse como un privado que trata de incidir en lo público, y este es el rol por ejemplo del politólogo como consultor, sea en el nivel subnacional, nacional e internacional.

III. El rol del politólogo en la sociedad

¿Cómo convertirse en un *buen* politólogo? No basta con pasar por la universidad y dedicarse a la ciencia o a la aplicación práctica de ese conocimiento adquirido como profesional. Se deben desarrollar algunas características extracurriculares que, si bien no son exclusivas de este oficio, son relevantes para un buen desempeño. Estas se pueden identificar a partir de los resultados de las entrevistas que Gerardo Munck y Richard Snyder (2007) aplicaron a 15 personalidades *senior* de la ciencia política para descubrir la dimensión humana de quienes hacen la disciplina (Pina, 2008). Primero, la *pasión* por el saber, inspirada por una *curiositas* permanente que los lleve a desarrollar ideas originales y ambiciosas. Segundo, *entusiasmo* que se refleje en los resultados de la actividad al infundir una gratificación por lo que se hace y al mismo tiempo estimulación por buscar nuevas vías de conocimiento. Tercero, *espíritu crítico*, no se debe absorber pasivamente el conocimiento, pero todas las objeciones deben estar bien articuladas y motivadas. Y cuarto, *predisposición* al conocimiento de otras culturas, pues uno de los problemas in-

trínsecos de quienes hacen las ciencias sociales es la tendencia al «parroquialismo», y ello se puede disminuir aprendiendo idiomas y viajando.

El politólogo contemporáneo es producto de la división social del trabajo, y de la diferenciación de las esferas de la ciencia. Una y otra condición genera que sea una figura que interactúa con otras disciplinas, por lo que su especialización parece más bien una suma de conocimientos que derivan de otras ciencias y necesariamente de la ciencia política en sí. Por ello sobre este oficio, sea como científico o como profesional, pesan muchas exigencias cognoscitivas, de habilidades y dominios. El mercado laboral de quienes se dedican a la ciencia política es diferente al de otras profesiones, la politología tiene un mercado laboral especializado. Entonces ¿qué distingue a quienes estudian ciencia política de quienes estudian otras ciencias sociales que también estudian la política? Que el politólogo tiene necesariamente que considerar, como señala Giovanni Sartori (1984: 208), que la política es *diferente e independiente*, es decir que sigue leyes propias, instaurándose literalmente como ley de sí misma; *autosuficiente*, porque basta para explicarse a sí misma; y *causa primera*, generadora tanto de sí misma como del resto. Por lo tanto, el politólogo sea como científico o como profesional, ve a la política como la variable independiente *suprema*, pues no solo es *la que explica* sino también es la que transforma a las sociedades. Su objeto de estudio es la política; no las leyes, ese es el campo del derecho; no los intercambios y la creación de valor, ese es el campo de la economía; no los procesos cognoscitivos, ese es campo de la psicología, no la sociedad como ente omniabarcante, ese es el campo de la sociología. Pero si debe tener una formación interdisciplinaria en los aspectos que trastocan la política: del derecho, el constitucional, internacional y administrativo; de la economía, la economía política, la política económica, la macro y la microeconomía; así como de la psicología y sociología políticas, entre otras.

En 1984 David M. Ricci señalaba que la tragedia de la ciencia política derivaba en parte de su propio éxito. Es una disciplina fragmentada, como señaló Almond (1990), en diversas perspectivas teóricas que incluso a veces se oponen entre sí; igualmente en ella proliferan modelos interpretativos, muchos de ellos débiles, producto del rechazo al método y las técnicas de análisis o porque son traspolaciones de enfoques propios de otras disciplinas, lo que genera que a su interior haya dispersión y baja o nula comunicación entre sus miembros. Por otro lado, la alta profesionalización en la formación genera tecnicismos, conformismo y ortodoxia. Y ya dentro del desarrollo de la misma disciplina, sea en las universidades u otros espacios de generación de conocimiento sobre la política, persiste la competencia por la originalidad, por privilegiar temas marginales o “de moda” por encima de los temas centrales, pero, por otro lado, o se usan de manera arbitraria los conceptos de análisis, ó éstos a veces son obsoletos, o peor aún, se crean nuevos que terminan siendo irrelevantes, debilitando la misma disciplina. Pero la *gran tragedia* de la ciencia política, es que ha generado mucho conocimiento sobre la política y su funcionamiento, sobre todo dentro de las democracias: pero no ha logrado comprometer que líderes y ciudadanos se comporten democráticamente, que fomenten la libertad y se orienten por la razón, la tolerancia y la responsabilidad.

Como científico, el politólogo debe saber identificar problemas, como profesional, debe coadyuvar a resolverlos, y si está en una posición de definir la decisión, de resolverlos definitivamente. Así Frank Bealey (2003: 27) delimita que, mientras que el «análisis de la política» es tarea de los académicos con motivaciones relativamente independientes, el «análisis con fines políticos» corre a cargo de miembros del aparato gubernamental, uno de los espacios de desarrollo laboral *natural* de los politólogos.

Hacer ciencia política implica también buscar el equilibrio entre las técnicas y la explicación, entre la teoría y el método, y entre la interpretación científica y los sesgos ideológicos. Las primeras dos están estrechamente relacionadas, pero no son lo mismo. Uno de los problemas de la ciencia política contemporánea es la excesiva confianza que algunos programas de estudio, manuales e investigaciones ponen en las técnicas, -sobre todo las cuantitativas, pero ya también se observa con las cualitativas- para tratar de analizar un fenómeno, en detrimento de la explicación parsimoniosa y la creación de nuevas hipótesis. No se trata de generar un argumento en contra del uso de la técnica, pero si hacemos una analogía con otros campos, la ciencia política tiene que saber usar los instrumentos del laboratorio sin que éstos sean los que determinen lo que se puede o no se puede hacer. Ahora bien, el otro extremo: para algunos, la hiper-especialización técnica sobre la explicación y la teorización puede ser el costo que se deba pagar para evitar el anti-cientificismo que aún se cuele en las ciencias sociales y también puede ser la única vía para delimitar los confines de la disciplina respecto de otras y proteger su núcleo en términos de Imre Lakatos (1982).

IV. A manera de conclusión

El politólogo sea como científico o como profesional tiene un compromiso con la democracia, y si bien su neutralidad científica no debe tener límites en tanto que ve a la política como objeto de estudio, no puede hacer una ciencia política meramente descriptiva *ex post* o, prospectiva *ex ante*, sin espíritu crítico. El trabajo científico e intelectual que lleva a comprender las cosas “más allá de lo evidente”, es decir la “contemplación” a profundidad, implica juicios que deben sobrepasar la superficialidad de la opinión pública o seudocientífica de la cual la política cotidiana está plagada. Hans Morgenthau (1958) señalaba:

“una ciencia política que no es odiada ni respetada, sino tratada con indiferencia, como inocuo pasatiempo, es probable que se haya retirado a una esfera que existe más allá de los intereses positivos o negativos de la sociedad. Preocupándose por cuestiones en las que nadie tiene interés, esta ciencia evita el riesgo de la desaprobación social, renunciando incluso a la oportunidad de la aprobación social. La retirada a lo trivial, formal, metódico, puramente teórico, remotamente histórico -en resumen, a lo no aplicable políticamente- es señal indudable de una ciencia política no polémica, que no tiene amigos ni enemigos, porque no tiene aplicación a los grandes problemas políticos que interesan a la sociedad”.

Es decir, el politólogo científico, aún con la neutralidad que de su ejercicio se le exige como tal, no puede simplemente ver pasar los hechos como ajenos a su realidad. En un nivel más abstracto, si bien comprender no es juzgar, como decía Hannah Arendt, el no tratar de comprender -en este caso científicamente- es darles la espalda a los problemas públicos. De cierta manera, el politólogo más que un rol, tiene una responsabilidad para con la sociedad. Por eso queda bien definir que la politología es un oficio, a la manera de Cicerón (*De officiis*) como “deberes” que se tienen frente a la sociedad, es decir, una actividad con honestidad intelectual y responsabilidad para con lo público. Como profesional, su compromiso está relacionado con las formas de gobierno democráticas, porque su desempeño está inmerso en un contexto del cual es prácticamente imposible aislarse. Al politólogo profesional no se le puede pedir que sea neutral a la manera del científico

de la política, pero si debe estar comprometido con ciertos valores políticos, sobre todo los que dieron origen a la misma disciplina: la libertad y la igualdad. Así lo señalaba Franz L. Neuman, (citado en Gablantz, 1974:16):

“Solo la experiencia de la inhumanidad del estado totalitario nos ha enseñado que puede también ser objeto de amenaza el valor decisivo de la sociedad en general, la dignidad de las personas. El que no reconoce este criterio, falla en la cuestión de la «política». La lucha por «el recto orden» puede afectar en particular con frecuencia a cosas muy problemáticas. En definitiva y dentro de una consideración del conjunto de la historia, siempre esa lucha desemboca en la lucha por la libertad.”

La política es una actividad práctica, y como tal es un arte, un oficio y una profesión. La ciencia política por su parte es, como el mismo término señala, una ciencia, e igualmente una profesión. Hemos diferenciado que existen al menos dos grandes espacios de desempeño para quienes se forman en esta ciencia, y que su oficio puede ser en el ámbito del desarrollo de las ideas, del conocimiento científico de la política, o en el espacio de la política, gobiernos e instituciones, pero no como cualquier persona que se dedica a esta, sino como una persona formada en la ciencia política que aplica sus conocimientos especializados para mejorarla. Pues, así como se le exige a quien estudia medicina que haga el juramento hipocrático que lo compromete a comportarse de manera ética en su práctica médica, igualmente debe existir este compromiso de quien estudia ciencia política con la libertad, pues sin ella no hay ciencia y sin ciencia no hay estabilidad, desarrollo ni progreso.

Referencias

- Almond, Gabriel. (1990). “Mesas separadas. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas”, en *Una disciplina segmentada*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Arendt, Hannah. (1993). *La condición humana*, Barcelona: Paidós.
- Arendt, Hannah. (1997). *¿Qué es la política?*, Barcelona: Paidós
- Bealey, Frank. (2003). *Diccionario de Ciencia Política*, Madrid: Itsmo.
- Bourdieu, Pierre; Jean-Claude Chamboredon y Jean-Claude Passeron. (1975). *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. México: Siglo XXI.
- Cotta, Maurizio; della Porta, Donatella; y Morlino, Leonardo. (2001). *Scienza política*. Bologna: Il Mulino.
- Durkheim, Emile. (1982). *La división del trabajo social (vol. I)*. Madrid: Akal.
- Gablantz, Otto Heinrich von der. (1974). *Introducción a la ciencia política*, Barcelona: Herder
- Huntington, Samuel. (1992). “Ciencia política y reforma política de alma en alma”, en *Estudios Políticos*, Vol. III, núm. 12: 129-140.
- Ignatieff, Michael. (2014). *Fuego y cenizas, éxito y fracaso en la política*. México: Taurus.
- King, Gary; Scholozman, Kay Lehman; y Nie, Norman H. (2009). *The Future of Political Science. 100 perspectives*, New York: Routledge.
- Lakatos, Imre. (1982). *Escritos filosóficos 1. La metodología de los programas de investigación científica*. Madrid: Alianza.
- Moradiellos, Enrique. (1994). *El oficio de historiador*. Madrid: Siglo XXI.
- Morgenthau, Hans J. (1958). *Reflexiones sobre el estado de la Ciencia Política*, Revista de Ciencias Políticas y Sociales, Enero-Junio, México: UNAM.
- Munck, Gerardo L. y Snyder, Richard, eds. (2007). *Passion, Craft, and Method in*

- Comparative Politics*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Pasquino, Gianfranco. (2000). *Le parole della politica*, Bologna: Il Mulino.
- Pasquino, Gianfranco. (2022). *Tra scienza e politica. Una autobiografia*. Milano: UTET
- Pinna, Alessandra (2008), “La ciencia política según sus maestros”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. 28, núm. 2: 229-236
- Reuters. (2019). “Knowledge is power: Uzbekistan lifts ban on political science”, disponible <<https://www.reuters.com/article/us-uzbekistan-education-idUSKCN1PP2A8>>, consultado 15/09/2022
- Ricci, David M. (1984). *The Tragedy of Political Science. Politics, Scholarship, and Democracy*, New York: Yale University Press
- Sieyès, Emmanuel-Joseph. (1993). *Escritos políticos*, D. Pantoja Morán (comp.), México: Fondo de Cultura Económica.
- Sartori, Giovanni. (1984). *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, Max. (1967). *El político y el científico*. Madrid: Alianza

